

ES

VOL. 7. N° 14
**INTRODUCCIÓN A «LA ETERNA BRECHA RURAL:
DESIGUALDADES, EXCLUSIONES E INACCESIBILIDAD CIUDADANA.
ANOTACIONES PARA CRISIS CRÓNICAS»**

Coord. **Luis Camarero**
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), España
lcamarero@poli.uned.es

Coord. **Vicent A. Querol**
Universitat Jaume I (UJI), Castelló, España
vquerol@fis.uji.es

La eterna brecha rural: una cuestión ciudadana

Antes fue el desarrollo rural, hoy es la despoblación el epíteto de la ruralidad. Hemos ido cambiando y alternando miradas huidizas para encarar el reto de la desigualdad, para evitar abordar la perenne brecha rural.

La brecha rural es el conjunto de diferencias urbano-rurales que refieren la continua incapacidad que experimentan las áreas rurales para alcanzar los estándares de calidad de vida, servicios y oportunidades vitales y que pueden ser expresados a través del efecto acumulativo de diferentes procesos de concentración —demográficos y económicos— y también de diferencias en términos de accesibilidad (Camarero y Oliva, 2019).

Primer acto: el desarrollo produjo la culpa. De forma literal se hablaba de atraso, se hacía a los habitantes de los pueblos responsables del inmovilismo y se les afeaba su ausencia dentro del proyecto de la modernidad —se les acusaba sin remilgos de subdesarrollo—. Pero en realidad, se había alterado la secuencia explicativa y se había invertido la realidad. En verdad, el modelo de desarrollo establecido a partir de la lógica de la economía de aglomeración —basada en la continua concentración de capital, recursos, trabajo y talento— conducía a grandes vacíos sociodemográficos que constituían los nichos del extractivismo demográfico y vital. Y sin embargo a quienes persistían en el territorio y permitían el mantenimiento de las fuentes —energéticas, ambientales, agroalimentarias— para el funcionamiento de los industriales enclaves urbanos se les echaba en cara su posición —obligadamente— periférica.

La gran recesión que inauguró el siglo xxi nos hizo experimentar que ningún lugar quedaba ya fuera del vaivén del capitalismo eufemísticamente denominado financiero. Comprendimos que estábamos en un mundo encadenadamente global. Pero no sólo. La burbuja que explotaba en las altas torres metropolitanas se refería a los mercados de futuros, a las expectativas y en suma alteraba también las secuencias generacionales que han edificado el Estado del Bienestar. Generaciones que acceden a su autonomía económica viendo reducida su esperanza de vida al nacer como síntoma de una inserción débil en el bienestar y que conforman ese creciente ejército del (nuevo) precariado.

Así, el desarrollo rural deja paso a la despoblación como expresión de la preocupación. El denominado invierno demográfico pone el acento en la capacidad demográfica. La despoblación marca tendencia, pero una vez más se vuelve a invertir la secuencia causal. Segundo acto: el canto de la España Vacía, el sentimiento de una generación que nació rural y sin saber cómo vivió urbana, con la sensación de no haber sido guionistas de su proyecto vital, ha producido el debate sobre la España Terminal, convertidos también en culpables. Hemos escuchado, expresiones gruesas que catalogan a los pueblos en la categoría de entidades en extinción, términos que dan alas a análisis de tendencia que animan todo un *kit* de propuestas variopintas para el cierre institucional de municipios. Hemos visto crecer el inquietante argumento de que la prestación de servicios tiene mayor coste en áreas rurales y que éstos resultan más complejos de operar. Mientras, los operadores privados de servicios que también se van encargando de



aquéllos de titularidad pública van retirándose de forma silenciosa de los territorios. En algún lugar de la toma de decisiones emerge una suerte de eugenesia rural justificada por la racionalidad administrativa.

Como en el *Día de la Marmota* asistimos a los mismos problemas con que inauguramos las políticas de desarrollo rural de los años 80. Unas políticas que fueron afianzando una reconversión rural en términos de utilitarismo urbano. La agricultura se preparaba entonces para el escenario de las cadenas globales de producción y era necesario desprenderse de explotaciones de orden familiar que distorsionaban los mercados y que incomodaban al contribuyente. La pac era el primer instrumento para la cohesión europea y el que mayor cantidad de recursos financieros movía —no lo olvidemos— y consiguió finalmente que la agricultura se industrializara y también que se fuera desvinculando progresivamente de los territorios en los que se asentaba.

Los leader y otro conjunto de instrumentos de dinamización se encargaron de la reconversión productiva y fueron diversificando el espectro de actividades y potenciando otras que resultaban cada día más ajustadas y adaptadas a los consumidores urbanos. El turismo rural emergió como gran paradigma. El desarrollo se trabó a través de un juego complejo de puesta en valor de las propias identidades que alimenta la economía post-productiva y resignifica el mundo rural. Y ciertamente, estas políticas han tenido en líneas generales éxito y han permitido la conexión rural-urbana en términos mercantiles.

Pero no olvidemos que la lógica del desarrollo económico es extremadamente simple: se trata de generar bienestar económico y bajo la geometría del *ceteris paribus* se supone que el bienestar económico se transmite linealmente en bienestar. Pero no por simple es cierto. El bienestar social no se construye con el único soporte económico, es un proyecto colectivo y un ejercicio de solidaridad.

La larga post-crisis de la recesión de 2008 mostró de forma clara la insuficiencia del modelo de desarrollo y la dependencia de las áreas rurales respecto a los recursos y protección social. Los vientos de la austeridad han sido la excusa perfecta para poner a dieta a nuestro proyecto de bienestar colectivo mientras alimentan de forma sigilosa el triunfo del programa neoliberal. Se intensifica la vulnerabilidad social y se amplían las brechas de cohesión territorial en los espacios rurales (Döner, Figueiredo y Rivera, 2020). El peaje de la minorada accesibilidad abrió la puerta a las manifestaciones de la *España Vacía* cuyo aglutinante es la reclamación del pleno derecho de ciudadanía, con independencia del lugar de residencia elegido. Han expresado el malestar profundo de quienes se sienten continuamente con oportunidades mermadas y con profundos problemas de acceso a los servicios e instrumentos del Estado del Bienestar. El bienestar, no lo olvidemos, es un bien colectivo.

Es importante revisar nuestro modelo que prima las recetas de desarrollo rural bajo una mirada débil en políticas públicas para los territorios rurales. Sin duda es la sociedad civil quien debe realizar el examen y orientar los distintos retos. Como llamada de atención hemos querido abrir a partir de distintos trabajos de investigación centrados en ámbitos diversos una cata sobre los procesos de desarrollo. No se trata de evaluar los logros —que son importantes—, ni tampoco se trata de certificar la calidad de ejecución mediante el balance de presupuesto y cumplimiento de objetivos. Simplemente hemos querido comenzar la reflexión sobre los efectos que tiene el propio imaginario del desarrollo.

González (2020) y Ramírez (2020) coinciden en señalar el centralismo que tiene la figura del emprendedor como estrella y sujeto central de los programas de desarrollo. Ramírez en su análisis sobre los territorios de éxito de las grandes factorías vegetales se acerca a la gobernanza del desarrollo. Observa su anclaje sobre redes clientelares que terminan configurando territorios a imagen y semejanza de los prohombres que lideran el emprendimiento y que no necesariamente revierten los beneficios del desarrollo de forma colectiva. El emprendimiento es individual y por ello no necesariamente produce bienes colectivos. González examina estas políticas de emprendeduría en relación con los grupos de jóvenes. Es paradójico que el desarrollo pueda convivir con el despoblamiento y especialmente con el éxodo juvenil; es decir, un desarrollo que no genera arraigo. La atracción que generan los espacios rurales para fijar población no termina de enlazar con unos discursos managerialistas que se justifican desde la idea de un mercado repleto de oportunidades que difícilmente se palpan en los pueblos y cuyo hipotético interés residiría en la extracción de valor antes que la puesta en valor local. Un desencuentro que es más sangrante si cabe cuando nos fijamos en los cantos de sirena que deberían atraer proyectos vitales de un colectivo clave en la lucha contra la despoblación: las mujeres jóvenes cualificadas (Medina-Vicent, 2020). Los jóvenes no encuentran en la narrativa del emprendedor su lugar, y su papel clave en la renovación demográfica no se contempla de forma efectiva y articulada entre las diversas administraciones competentes. Así, no encuentran tampoco en las oportunidades que ofrecen los modelos de desarrollo local un proyecto vital de interés. Estos dos autores que abren este volumen nos alertan

sobre la importante desviación del objeto que persiguen las políticas de desarrollo en relación con las condiciones de bienestar social.

Jiménez (2020) se acerca a los instrumentos de diseño y evaluación de las políticas. Es una cuestión central dentro del giro que *Rural Proofing* y *Rural Lens* han supuesto en la integración de las poblaciones rurales en las políticas sociales. Las miradas transversales —*Proofing* o *Lens*— exigen que cualquier política pública debe examinarse respecto a sus efectos sobre las poblaciones rurales. Si bien se han analizado algunas de las ambivalencias y límites (Shortall y Alston, 2016; Sherry y Shortall, 2019) de estas fórmulas, suponen una apuesta decidida de legisladores y planificadores para minimizar y evitar los efectos colaterales que tienen grandes políticas sobre los territorios rurales. Hay una intención de atender a la diversidad del hábitat y del territorio. Pero como muestra Jiménez en este monográfico los grandes indicadores de sostenibilidad, de desarrollo humano, de retos en general, no han sido pensados en dimensión rural. En los diversos ámbitos de la sostenibilidad social, la participación de quienes habitan (Querol y Ginés, 2020) permite dibujar con pincel fino, a través de la experiencia concreta y la contextualización del territorio, una revisión de las acciones previas y una proyección futura con mayor potencialidad y garantías de éxito. Sin indicadores preparados o deficientes se produce una invisibilidad grande y continuada de las cuestiones rurales.

Los actores del desarrollo son muchos y no sólo son los emprendedores. Sanahuja (2020) se acerca en su trabajo a los maestros rurales. Su investigación muestra la dedicación consciente que tienen los docentes en la producción y desarrollo de identidades locales y comarcales. Un trabajo sobre el que construyen la adaptación curricular de contenidos pero que también les exige una fuerte conexión con el entorno y compromiso comunitario. Las reflexiones son probablemente sabidas —el arraigo de docentes produce el arraigo de discentes— pero más allá de esta constatación resulta imprescindible visibilizar las fuentes de producción y reproducción identitaria que constituyen la materia prima de las economías del signo y que soportan los modos multifuncionales del desarrollo rural. En este sentido, la escuela rural recorre y acoge multitud de planos simbólicos que abarcan desde su fuerza de proyección hacia el futuro por encima del dramatismo que suponen las situaciones demográficas críticas hasta su capacidad para condensar modelos de educación positivos. Superada con el tiempo la constante de crear una escuela «urbanizadora» (Feu i Soler, 2002), la apertura hacia la conexión con el entorno y la comunidad afrontará el reto de la inclusión social y cultural. El futuro diverso y cosmopolita (Woods, 2018) de los espacios rurales requiere comunidades con estrategias de acogida (Sampedro y Camarero, 2018) y en las que la conexión de las maestras y maestros con el entorno puede jugar un rol clave.

Nogueira (2020) cierra la reflexión acerca de la orientación de las políticas. Hemos destacado los problemas de falta de enfoque en su objeto, de *incompletud* de indicadores, de falta de reconocimiento de actores centrales. A todo ello debemos incluir el reto colectivo: la producción de ciudadanía. Nogueira señala la ausencia de compromiso cívico de las políticas. Estudia el caso de la modernización agraria en Argentina, unas políticas que olvidan las estructuras domésticas a favor de grandes consorcios productivos, pero que también olvidan al consumidor. Políticas con un alto rendimiento en términos de acumulación e inserción mercantil pero devastadoras en términos de construcción de ciudadanía. Justo al revés de lo que sería esperable, lo que producen es erosión cívica. La evolución general de los diversos sistemas políticos hacia una creciente desafección respecto a sus instituciones tiene su reflejo en los espacios rurales. Se observa, pues, una atención más exclusiva sobre los aspectos económicos y menor en la generación de espacios de vehiculación colectiva y participada de las políticas. También en España, los análisis de los instrumentos de generación de implicación ciudadana y liderazgo en los espacios rurales —a través de los proyectos Leader— muestran una pérdida de efectividad y legitimidad (Esparcia, Escribano y Serrano, 2015).

En definitiva, el despoblamiento —el declive de las áreas rurales— no es sino expresión de la falta de cohesión territorial y de desigualdad cívica. Estos trabajos nos han permitido observar cómo, a veces, las pequeñas diferencias son capaces de generar grandes distancias. A través de sus análisis se va evidenciando la diversidad de políticas y su incidencia en los espacios rurales. Es necesario reenfocar y producir nuevos indicadores, integrar a los actores que quedan fuera del ecosistema del emprendimiento y sobre todo restablecer los objetivos del desarrollo para superar la brecha rural. Éste es el reto pendiente que tienen las políticas públicas para procurar el acercamiento en igualdad de condiciones de las áreas rurales a nuestro sistema público y colectivo de bienestar.



Referencias

- Camarero, L. & Oliva, J.** (2019). Thinking in rural gap: mobility and social inequalities. *Palgrave Communications*, 5, 95.
- Döner, F. N.; Figueiredo, E. & Rivera, M. J.** (2020). Concluding Remarks: What Is Next for Rural Areas in the Aftermath of the Crisis? In *Crisis and Post-Crisis in Rural Territories* (pp. 209-214). Springer, Cham.
- Esparcia, J.; Escribano, J., & Serrano, J. J.** (2015). From development to power relations and territorial governance: Increasing the leadership role of leader Local Action Groups in Spain. *Journal of Rural Studies*, 42, 29-42. doi:10.1016/j.jrurstud.2015.09.005.
- Medina-Vicent, M.** (2020). *Mujeres y discursos gerenciales. Hacia la autogestión feminista*. Editorial Comares: Granada.
- Querol, V. A. & Ginés Sánchez, X.** (2020). La participació dels espais rurals en la sostenibilitat ambiental. Anàlisi dels discursos d'iniciatives productives en el context rural de Castelló. *Disjuntiva. Crítica de les Ciències Socials*, 1(2), 13. doi:10.14198/disjuntiva2020.1.2.2.
- Sampedro, R. & Camarero, L.** (2018). Foreign Immigrants in Depopulated Rural Areas: Local Social Services and the Construction of Welcoming Communities. *Social Inclusion*, 6(3), 337-346. doi:10.17645/si.v6i3.1530.
- Sherry, E. y Shortall, S.** (2019). Methodological Fallacies and Perceptions of Rural Disparity: How Rural Proofing Addresses Real Versus Abstract Needs. *Journal of rural studies*, 68, 336-343.
- Shortall, S. y Alston, M.** (2016). To Rural Proof or Not to Rural Proof: A Comparative Analysis. *Politics & Policy*, 44(1), 35-55. doi:10.1111/polp.12144
- Woods, M.** (2018). Precarious rural cosmopolitanism: Negotiating globalization, migration and diversity in Irish small towns. *Journal of Rural Studies*, 64, 164-176. doi:10.1016/j.jrurstud.2018.03.014.